

# Discurso de GRADUACIÓN

X Omar Cavero

Profesora Catalina Romero, decana de la Facultad de Ciencias Sociales. Profesora Fanni Muñoz, coordinadora de la especialidad. Profesor Orlando Plaza, padrino de nuestra promoción. Padres de familia, familiares, colegas de Ciencias Sociales y de Sociología. Profesores y amigos todos; muy buenas noches.

**D**ebo comenzar por decir que es para mí un honor tener que dar este discurso el día de hoy. De alguna manera hablarles en este momento me pone en representación de mis compañeros, y toda representación es, así como una responsabilidad, también un honor. Aprovecho aquí para decirles que agradezco esta delegación y que procuraré que lo que aquí se diga sea, en la medida de lo posible, expresivo de lo que somos, del ánimo común que nos hace una promoción.

También, siguiendo con los agradecimientos, debo manifestar en nombre de todos, nuestra gratitud infinita con todas aquellas personas que han contribuido en nuestra formación personal y académica; especialmente a nuestros familiares y profesores, quienes nos brindaron, de maneras diversas y cada quien a su estilo, su apoyo constante a lo largo de nuestra vida universitaria.

Así que, bueno, ya somos egresados. Y si nos ponemos a pensar, resulta un desenlace que no expresa de por sí una serie de caminos -la mayoría de las veces no premeditados- que han desembocado en estar aquí, con todo esto de ser sociólogos, graduarnos con toga y birrete, y demás.

Yendo de frente al tema, no es un caso común escuchar a un niño decir "quiero ser sociólogo". Igual de difícil es esperar que un o una estudiante de quinto de media le diga a sus padres: "papá, mamá, quiero estudiar Sociología, quiero comprender el ser y el actuar de las personas en arreglos organizativos e institucionales específicos".

(Esa última es, por cierto, la definición del objeto de la Sociología que aprendimos del profesor Orlando Plaza, que hemos elegido como nuestro padrino, y que nos enseñó a responder de una manera más rigurosa, la perturbadora y antipáticamente común pregunta de, "¿y qué es eso que estudias?" Creo que después de sus cursos podemos saber sobre qué cancha nos movemos).

Y bueno, volviendo al tema, les decía que la Sociología suele llegarle a uno. De manera sorpresiva, sin permiso. Casi por la ventana. De repente uno entraba a la Universidad convencido de llegar a ser un gran abogado, hasta que lleva el extraño curso de Sociología y tras algunas clases y lecturas dice, "pues sí, esto es lo mío". Y digo "extraño curso" porque en los colegios la palabra uno no la escucha ni de casualidad, y las Ciencias Sociales tienden a convertirse o en Educación Cívica o en Historia.

Quizás yo no sea el mejor para exponer este tema en específico. Pero les cuento, así, al paso, cómo llegué a las Ciencias Sociales. También fue de casualidad. La primera vez que me interesé por la Sociología fue cuando en algunas reseñas literarias de algunas novelas peruanas, se mencionaba que éstas brindaban una buena "lectura sociológica" del país. ¿Qué sería eso? Yo por esos años quería ser escritor y lo primero que apareció en mi mente fue que la Sociología me ayudaría a escribir mejores obras.

Fue una relación instrumental, pero lo suficiente como para comenzar mis indagaciones. La búsqueda que hice, paradójicamente, me llevaría a olvidarme de la "función literaria" que yo le había encontrado a la Sociología, y a despertar una "función social". Así fue cómo, desde mi camino personal, llegué a la facultad.

Y entrando a hablar de lo que fue el paso por estas aulas, debo señalar que la promoción es variopinta. En diversos aspectos, tanto de edades como en posturas, así como en personalidades. Y puedo comenzar, por ejemplo, mencionando a entrañables personajes como Flavio. Memorable para nuestra promoción y para todas las que lo conocieron.

Flavio pasó más tiempo en la universidad que en el colegio. Luego de pasar por Arqueología y Derecho encontró "el camino" en cursos como Etnicidad y Mestizaje con Manrique, o Derechos y Ciudadanía, con Rolando Ames. Le gustó tanto la carrera y sobre todo teoría 1 que la llevó 3 veces. Y finalmente, según él mismo me indica, ha decidido muy seriamente dedicarse a ser el Dragón Rojo de sociales, la mascota de la facultad. Esa vocación también le llegó de sorpresa.

Volviendo a esto de los caminos y las llegadas; Carlos, alias "Machito", entró a la universidad con la idea de estudiar Derecho, como muchos, pero luego de llevar el curso de Sociología con Gonzalo Portocarrero, cambió de opción: de las

leyes pasó a iniciar una tórrida relación con la Sociología. De hecho reaccionó a tiempo, porque nunca llegó a llevar ningún curso de Derecho. Aunque sí se dieron, desde luego, muchos casos de quienes emigraron a nuestra disciplina con otras carreras ya avanzadas; e incluso hubo quienes vinieron de otras universidades.

Al final caímos todos en el mismo sitio. Ya en la facultad, todos nos topamos con gente muy valiosa, con grandes profesores, excelentes amigos. Y este es el momento para recordar algunas anécdotas, con Flavio como principal artífice de su reconstrucción.

En el curso de Teoría Sociológica 4, muchos terminamos casi por sacar de quicio al profesor Plaza. La gente llegaba una hora tarde pero no porque hayan estado haciendo los resúmenes, sino por ver el mundial (o por jugar partidos de la semana roja). Cuántas clases tuvieron que cancelarse por presión popular. Felizmente, con el carisma que lo caracteriza, el profesor Plaza supo comprendernos. En el curso de Teoría Sociológica 2 muchos le tenían miedo al profesor Rochabrún. En mi caso, promociones mayores nos lo presentaron como un profesor legendario, casi mítico; sumamente serio y riguroso. Después ese temor pasaría a convertirse en admiración y en profundo respeto. Muy pocos profesores toman tan en serio a sus alumnos como si se tratara de colegas.

Por otro lado, siguiendo con los recuerdos al paso, ¿Quién no se acuerda de cuando, después de los coloquios de Sociología, el profesor Plaza se tomaba unos piscos con nosotros, y el profesor Rochabrún nos acompañaba con una cerveza? Hasta a alguno se le ocurrió esconder su bicicleta para evitar algún accidente, aunque creo que en estas ocasiones no la llevaba. Por supuesto, el profesor nunca fue mucho de tomar.

\*\*\*\*\*

Ahora bien, poniéndonos serios, ¿qué nos espera? ¿Qué le espera a la Sociología? Retrocedamos en el circuito lógico. Si nos hacemos estas preguntas debemos revolver las razones que nos llevaron a estudiar Ciencias Sociales, y a ser sociólogos. Entremos, pues, a las razones, más que a los caminos.

Sigo con mi experiencia y creo que no soy el único en esto. Desde que me decidí por estudiar esta carrera he venido diciendo que lo que yo quiero es "comprender la sociedad para ayudar a transformarla". Como ven la relación instrumental que les había mencionado hace un momento, permanece, pero ahora como un insumo para un aporte a la construcción de relaciones sociales justas entre las personas. En pocas palabras, un afán de hacer la vida más vivible a todos, no sólo a unos cuantos. Así concibo a la Sociología, como una herramienta de comprensión,

como una búsqueda intelectual con un propósito práctico. Y no sólo soy yo, me atrevo a decir que así la concebimos todos los que hoy nos graduamos, y aprovecho esta ocasión para expresar ese sentir común.

Claro, no es una concepción nueva. Era muy popular en los 70s y 80s y ha sido motivo de un debate muy ardoroso dentro de la disciplina. Para muchos una ciencia no debe girar en torno a un compromiso ético-práctico, porque así se le quitaría objetividad y precisión. Perdería su condición de "ciencia". Lo científicamente válido, argumentan algunos, es (y tiene que ser) una descripción fría e impersonal.

Y en parte eso es cierto. Pero el problema es que el "dogma de la objetividad" suele confundirse con una exhortación a la neutralidad, un llamado a la vista gorda. La crítica se pierde. Nos volvemos complacientes. ¿Es acaso posible una ciencia acrítica?

Para mí la cuestión es muy sencilla: así como puede reclamársele a un investigador químico que priorice sus trabajos en ayudar a solucionar las enfermedades que apremian más fuertemente a la humanidad, en vez de concentrarse en buscar mejoras a productos cosméticos; también es válido reclamarle a un científico social que se dedique a enfocarse críticamente en los problemas que más daño hacen a las sociedades, en vez de dedicarse a hacer estudios de mercado para una empresa transnacional de productos de limpieza, o cosas por el estilo. No obstante, muchos terminamos haciendo trabajos de ese tipo por una cuestión de necesidad económica a la que el mercado laboral nos remite, por más que muchas veces quisiéramos estar haciendo otras cosas más útiles para la sociedad, porque sabemos y somos conscientes de lo que podemos aportar.

Ese es, más o menos, el debate sobre "para quién se hace Sociología". En el ordenamiento de prioridades del sociólogo, debe haber un imperativo particular que



Arriba: Orlando Plaza, Narda Henríquez y Aldo Panfichi. Abajo: Patricia Ruiz-Bravo, Gonzalo Portocarrero y Guillermo Rochabrún. Foto: Omar Manky.



lo lleve a enfocarse en los fenómenos con una búsqueda de aporte a la sociedad, sin miedo a señalar sus injusticias, inequidades y relaciones de dominación. Eso implica un cambio de enfoque, o hasta quizás una refundación de la ciencia, si queremos ser más radicales. A lo mejor la noción neutral de validez es el pilar de una utilización cínica de lo científico, que se orienta –y es constatable- hacia el servicio de quienes pueden pagar por el conocimiento.

No sé si alguno de nosotros haya pensado en estudiar esto que hemos estudiado, para hacer dinero. En muchos casos se trata casi de un voto de heroísmo. Y más allá de si tiene que ser así o no, hay, de inicio en todos nosotros, una cuota de ideales, un cierto grado de búsqueda de soluciones, que antes que nada requieren certezas, y por eso entramos a estudiar, leer, debatir, comprender, etc.

¿Pero eso se mantiene constante en todos? ¿Qué es lo que nos presiona a ver a la pobreza como cifras, qué nos lleva a conformarnos con las respuestas

fáciles, a hablar sólo de la necesidad de instituciones sólidas sin preguntarnos si son las más adecuadas; a hablar sólo de niveles socio-económicos porque hablar de clases resulta –nadie sabe por qué- desfasado, “rojo”, incluso antiestético?

Y aquí aparecen los retos que tenemos. No sólo nosotros, todas las Ciencias Sociales. No somos una tecnología, queremos hacer ciencia, pero cada vez nos vemos más presionados a ser tecnología social. Uno utiliza un martillo para hacer zapatos, compra máquinas para abaratar costos y producir en serie, contrata sociólogos para comprender a la gente y mejorar las ventas, contrata más sociólogos para lidiar con comunidades campesinas y evitar conflictos que pongan en riesgo inversiones. Y así es el mercado laboral, como quien dice “así es la vida”.

¿Producir conocimiento libre y crítico? ¡Ja! Eso sí que es difícil. Pero la pregunta es: ¿La Sociología seguirá siendo Sociología si pasa a ser un insumo más de la producción de una empresa? Nada en contra de las empresas en este momen-

to –no es el lugar para hablar de ellas-, ¿pero queremos una Sociología acrítica, políticamente correcta, útil a los menos, a los del dinero; e indolente, indiferente para los más? Es una pregunta necesaria, de respuesta urgente; desde mi punto de vista, de acción urgente.

Debe haber en el sociólogo una propensión a la denuncia, al develamiento, porque se trata de la ciencia enfocada a la comprensión de las relaciones sociales, y es a partir de éstas que los males humanos de génesis social se reproducen, causando la infelicidad y miseria de millones de seres humanos. Nuestro país es dolorosamente diestro en estos males.

Por ello debe haber una suficiente capacidad de abstracción, de modo que se pueda conceptualizar y entender los fenómenos con mayor claridad. Nuestra formación lo permite. Sería no menos que negligente, desperdiciar esta capacidad en investigaciones estériles, funcionales a lucros particulares o a egos intelectuales personales.

La Sociología no debe ser cooptada ni subyugada por ningún afán particular, y tampoco por ninguna doctrina política. Para ello debe mantenerse crítica y con un afán de aporte, de construcción. Ambas cosas pueden ser revestidas con múltiples contenidos políticos, y ese ya es terreno del sociólogo como persona, que puede o no interesarse por la política. Pero lo que importa aquí es la libertad y la crítica, acompañadas de un imperativo ético de retribución a la sociedad. Imagínense si toda la medicina se dedicara a la cirugía estética y nadie quisiera curar las neumonías.

Hay un largo camino por delante. Finalmente, como personas acabamos una etapa de nuestras vidas, pero si algo hemos aprendido es que los seres humanos no vivimos en el aire. Vivimos en sociedad. Y pensar en la sociedad es un requisito de nuestra práctica de científicos sociales. La pregunta es: si nuestra Sociología servirá para algo, ¿para quién queremos que sea de utilidad?

Muchas gracias.